

Discurso  
político del  
año 1932, en  
la asamblea de  
Propaganda conservadora

Los momentos tan dolorosos que vivimos han producido en todas las instituciones la consiguiente desorientación. El presente, en medio de su angustia, mira al pasado para encontrar la causa de sus desgracias, y las sacudidas que han quebrantado nuestra estabilidad institucional, han roto también las relaciones de armonía que deben ligar lo pretérito y lo actual en la elaboración de un porvenir feliz.

Los católicos chilenos, principalmente, se caracterizan por descargar siempre la responsabilidad en quienes han luchado mas cerca de ellos, entre quienes pueden oír con mas pesar sus quejas y lamentaciones. Según ellos, nunca está la culpa de parte de los innumerables enemigos ni de la gran mayoría de los que permanecen en el escritorio de sus casas, que les sirve al mismo tiempo de cátedra inexpugnable para todas las críticas, sino precisamente de la minoría selecta que ha trabajado con más entusiasmo por nuestras ideas, que con más energía ha dedicado todas sus fuerzas a nuestra causa.

Dentro de esta casa hace cierto tiempo también, algunos levantan su voz contra el pasado del partido, y no sólo contra el pasado sino aún contra sus mejores posibilidades presentes, y esa voz es a veces tan destemplada, tan poco oportuna, tan irrespetuosa, que provoca la actitud defensiva en quienes se consideran atacados, y los coloca, a unos y a otros, en una posesión de intransigencia que, además de desnaturalizar el verdadero pensamiento de todos, es bien perjudicial para el prestigio y el porvenir del partido.

Y lo extraordinario es que quienes declaran en público- éste es lo grave- poseer la verdadera doctrina, son justamente personas a las cuales esta colectividad ha abierto de par en par sus puertas, que han ocupados altos puestos directivos y representaciones parlamentarias, y que han tenido, por tanto, medios poderosísimos de influencia interna que hubieron de aprovechar para el triunfo de los ideales que sustentaban.

Nada menos psicológico y mas contraproducente para las innovaciones que desean efectuar que esta posición de combate interior antes de salir a combatir afuera, esta situación recelosa dentro de la casa como preparación a un movimiento de expansión exterior.

La obligación primordial de toda institución humana es respetar su pasado sobre todo cuando es tan respetable como el del Partido Conservador.

No son vanas palabras las que se dicen al declararlo fundador de la República, porque la historia de sus primeros cuarenta años se confunde con la historia de los primeros cuarenta años de nuestra vida independiente, ni tampoco se hacen figuras literarias cuando se expresa que, desde que se alejó del Gobierno hasta hoy, su historia se confunde también con la historia del catolicismo chileno. En este organismo político han florecido con abundancia los sacrificios y los heroísmos. Se ha sabido mandar, y se ha sabido también lo que es más difícil- obedecer. Cuando se ha conocido bien de cerca ejemplos vivientes de cómo, lejos de esta capital, se cumplían, con una generosidad y una abnegación sin límites, con un olvido y un desinterés ejemplares de las propias conveniencias, las órdenes que los dirigentes impartían desde aquí, entonces, no se puede dejar de pensar en lo admirable de la organización y de los fines que a través del territorio de la República producían tan buenos frutos de obediencia indiscutidos y de férrea disciplina.

El pasado no dará muchas veces con precisión lo que se debe hacer en un instante dado- eso varía indefinidamente con las situaciones y las circunstancias- pero proporcionará en numerosas ocasiones luces que sería peligroso despreciar, porque son lecciones deducidas del conocimiento del hombre, que tiene la misma naturaleza a través de los tiempos.

Pero el pasado que en realidad no lo es, el de quienes tuvieron su juventud ayer no más, en un período menos turbulento que el de hoy, el pasado de quienes se encuentran ahora en la plenitud de la vida con toda la experiencia y el saber, que la edad madura ha acumulado, en el goce íntegro de sus facultades constructivas, ese pasado que pudiera llamarse tal en estos días tan agitados y rápidos, no solo debemos respetarlo y aprovechar sus enseñanzas, sino que también lo aconseja la inteligencia y el cálculo más elemental- debe ser la base en que cimentarse el futuro ideal.

Dirigir no es desorganizar, es, al contrario, ordenar a un fin todos los medios de que se dispone; dirigir no significa provocar movimientos en un sentido cualquiera pero sí evitar, junto con ello, toda reacción que pueda resultar nociva al fin propuesto; dirigir no es rechazar todo lo que existe buscando desde luego lo perfecto, que no se va a encontrar, sino,

al revés, adaptar lo mejor que se presente al ideal perseguido.

Reacción... Renovación...; que mal tan profundo están creando estos vocablos;

Para mi sólo hay una clase de reaccionarios peligrosos; los que tuercen las doctrinas en beneficio de sus propios intereses. Los hay, los hubo y los habrá siempre. La cantidad del colegio apostólico no quedó destruida porque Judas se reveló en él. De esa clase hay entre los viejos y entre los jóvenes.

Pero existe otra clase de reaccionarios, que son artificiales porque son producidos por el choque con los reformadores impetuosos e intemperantes. Estos viven y aman sinceramente la misma idea que los innovadores pero, al contacto de estos que buscan impacientes nuevos caminos, se enamoran de las viejas fórmulas, de los modos como han luchado, de los medios de que se han servido, del ambiente en que les tocó actuar.

Esta reacción es la que hay que anular, la que es preciso que no aparezca. Basta para ello proceder con tacto, con tino, con prudencia. Es necesario convencerlos de que la historia en su evolución atraviesa por estados y situaciones muy diversas; que los peligros sociales pueden ser unos hoy, otros mañana; que ahora convendrá insistir en tal aspecto de la doctrina y después será aconsejable insistir en otro diferente, que un sistema de propaganda que fué eficaz no lo es ya, que es imprescindible luchar conociendo aquello contra lo cual <sup>a</sup>van; dirigirse los ataques para adaptar, según el caso, los medios conducentes. Y es esta la reacción que se está provocando, el empecinamiento en las formas superficiales. Estas formas superficiales, sin embargo, desempeñan importante papel en la penetración de las masas que, principalmente, cuando tienen poca cultura, son esencialmente sentimentales y volubles.

Un ejemplo aclarará lo que digo. En cierta reunión el Directorio General acordó que la base <sup>de</sup> la próxima Convención fuera la representación de los conservadores diseminados en el país, y se expresó el deseo de que el número de convencionales resultara lo más limitado posible a fin de celebrar reuniones de verdadero estudio y de trabajo. La mayoría en la sesión siguiente aprobó, sin embargo, bases que significan más de quinientos convencionales en cuyo número se incluye el mismo Director <sup>io</sup> General que, formado en su gran mayoría por ex-digna-

tarios del partido, no representa la opinión actual de los conservadores chilenos, y que, constituido con el objetivo preciso de dirigir la marcha del partido normalmente y desde Santiago, se arrogó, no obstante, el derecho de influir poderosamente en los futuros destinos de la colectividad.

Si hay algo que por principio no debe hacer nunca la tradición- en este caso representada por la mayoría del Directorio General- es intervenir directa y activamente en la marcha de las instituciones. Deben oírse sus consejos, deben respetarse sus opiniones, pero sus mandatos no deben ahogar las iniciativas y los entusiasmos.

Y muchos votaron a favor de lo que considero un grave error, que implica, además, desconocimiento de la realidad interna y externa del partido, quien sabe si solo como un modo de reprobación de la insolvencia de uno de los sostenedores de la opinión que juzgo verdadera.

Son estas reacciones, repito, que se deben evitar. Si la mayoría obra habitualmente con esta inconciencia, vamos muy ligero a la ruina del partido. Para él la situación es muy distinta de la de otros tiempos. No podemos ni debemos olvidar que la juventud católica en porcentaje desolador en número, y en calidad sobre todo, se aleja de estas huestes, y sólo volverá cuando vea en ellas unión en todos y comprensión de la gravedad de los problemas que hoy se agitan. No podemos ni debemos olvidar tampoco que la masa de los chilenos va abandonando este partido para quedar desilusionada en la indiferencia o para abrazar la palabra vana pero embriagadora del socialismo frente a cuyas promesas de cielo en esta tierra, resulta bien ridículo ofrecerles puramente el libre juego de las leyes naturales.....

Dentro de esta colectividad no tienen por qué asustar los restos que pudieran haberse infiltrado de liberalismo y de individualismo; ellos van de por sí en retirada, y esa retirada, con un poco de tacto, fácilmente no será dolorosa. La influencia de que debemos librarnos porque es ya avasalladora y lo será próximamente más todavía, es la del socialismo: para anularla debemos concentrar todos los esfuerzos.

Es necesario unir a los católicos en una organización política que sea apta para luchar con nuevas armas eficaces por la misma doctrina católica que está inscrita en los programas de este partido.

A esa doctrina debemos lealtad y fidelidad **absolutas**. Para servirla deben dejarse muchas cosas terrenas, aun, a veces, las que parecen sagradas como la familia en el caso de la vocación eclesiástica. Con cuánta mayor prontitud deberá abandonarse una institución puramente humana como es un partido si no responde a la necesidad indispensable de esta hora; el apostolado social?

Existe una organización que agrupa jerárquicamente a los verdaderos católicos, sin distinciones partidistas; la Acción Católica. Pero junto con ella para que la acción de los católicos en un país sea eficaz, se ha dicho, se requiere una prensa y un partido político.

Es sumamente necesario la constitución de un fuerte, único y poderoso partido católico, porque sólo así seremos una fuerza efectiva en la dirección de la cosa pública chilena. Y si aun ésto no lo creyéramos eficaz, la conciencia de nuestra actual impotencia es un aliciente para vislumbrar futuras y grandiosas posibilidades.

Para lograrlo vivamos plena e íntegramente el catolicismo. No debemos hablar sólo de él; eso muchos lo pueden hacer. Se trata de vivirlo intensamente. De otra manera el "demonio del mediodía" descubrirá toda la carroña que se oculte dentro de sepulcros blanqueados.

Usando esos medios espirituales comprenderán pronto aquellos a quienes se ha dado en llamar reaccionarios que tras de las declamaciones vagas e imprecisas de toda idea aun no cristalizada, tras de los defectos que puedan tener sus propulsores, se ocultan las realidades innegables de los tiempos que cambian y de la historia que marcha, y el ferviente deseo de muchos que aspiran a reconstruir el país en el marco de la Iglesia Católica, ninguna más tradicional pero ninguna también más renovadora y más adaptable en sus lugares medios de lucha a los cambios de los; y de los tiempos.

Alejandro Silva Bascañan

Santiago, Agosto 2 de 1932

(Leído en la Asamblea de Propaganda Conservadora en la sesión de ese día con ocasión de un voto presentado por Luis Araos H., que condenaba los procedimientos del grupo de "Revolución Social") Nota. Las dos frases con †† no fueron leídas.-